

huella olímpica

MISTER Avery Brundage, presidente del Comité Olímpico Internacional, es uno de los hombres más importantes del mundo. Moviliza la fuerza deportiva de 123 países y consigue, aunque sea cerrando a veces un poco los ojos a ciertas licencias, establecer un criterio solidario de acción que, a buen seguro, le envidia U'Tant, el secretario general de las Naciones Unidas. Evidentemente, el deporte, salvando las distancias, bate en toda la línea a la política.

Mr. Brundage pasó recientemente por España para hacer entrega al señor Elea-Olazo del "Trofeo Bonaccossa", distinción que el C. I. O. concede anualmente al país de más relevantes méritos en la causa del movimiento olímpico. Sólo en diez ocasiones, desde su creación en 1855, ha sido otorgado ese trofeo. Por lo tanto posee un prestigio indiscutible que honra a la nación que lo recibe.

El conde Bonaccossa fue la primera víctima del nuevo reglamento olímpico aprobado en la reunión del C. I. O. de Helsinki en 1952, según el cual, el más antiguo miembro del Comité Ejecutivo debía retirarse cada año. Muy apegado al Movimiento Olímpico y a dicho Comité, en el que se mantuvo durante muchos años, la decisión le afectó tanto que cayó gravemente enfermo y falleció algunos meses más tarde.

Su familia y el Comité Olímpico Italiano crearon, en su memoria, ese "Trofeo Bonaccossa", que en 1965 se concedió a España. En su breve discurso de entrega del galardón, el señor Brundage pronunció unas palabras que vale la pena recordar:

—He oído —dijo— que hay un gran sector de aficionados españoles que se quejan de que sus representantes no ganan medallas de oro en las Olimpiadas. A ellos les he de decir que es mucho más importante conquistar el "Trofeo Bonaccossa". Al fin y al cabo las medallas de oro son el resultado de una lucha competitiva individual, mientras el "Trofeo Bonaccossa" viene a premiar un esfuerzo colectivo, mucho más trascendente desde el punto de vista de la superación deportiva de un país.

Son palabras que dan que pensar, aunque, en resumidas cuentas, sean la traducción diplomática y elegante, pero no menos clara, de que en los Juegos lo importante es participar. Si quien las dice es Avery Brundage, que fue un gran campeón de atletismo —"All Round Champion" de los EE. UU.—, esas palabras cobran un valor especial y si ciertamente no nos hacen olvidar la importancia, que popular y moralmente tiene para un país la conquista de medallas de oro en una Olimpiada, nos consuelan y nos animan en la certeza de que el deporte español va por buen camino. Y lo que es más valorativo: nuestro esfuerzo no cae en el vacío, y si aquí a veces le hacemos algunas aseas, fuera se le aprecia y admira, pues por mucho que sea el carácter versallesco de Mr. Brundage y del C. I. O., no llega hasta el punto de hacer regalos cómodos.

Ahora que se ha anunciado oficialmente que la llama olímpica encendida en Olimpia el 8 de mayo de 1968, será embarcada en el puerto de Palos de la Morra, en una fragata española que, siguiendo la ruta colombiana, la dejará en la isla de San Salvador (en donde una tripulación mexicana la llevará hasta el puerto de Veracruz para continuar por tierra hasta Teotihuacan, la ciudad de los dioses), las frases de Mr. Brundage cobran una significación elocuente.

Si España no es ninguna potencia deportiva mundial, su aportación a la causa olímpica, con el pleno y logroso desarrollo concedido a todas sus disciplinas y, sobre todo a su espíritu, le han hecho acreedora a una distinción que, con toda seguridad, no se ha calibrado en toda su trascendencia. Es un premio que honra y enorgullece, pero que también obliga a no pararse. Como quiera que sea, España ha dejado su huella en el Movimiento Olímpico. Y que haya sido reconocida su impronta entre 122 naciones, es como para sentirse satisfechos.

J. J. CASTILLO

Terlenka® y... acción!
¡PONGASE EN ACCION...
PONGASE TERLENKA!



Una lencería para mujeres de hoy, al tiempo caprichosa y práctica. Tons románticos, dibujos de gran moda y, naturalmente, LAVAR... Y LLEVAR.



IBERENKA MLE